



Gabriel Jaramillo Vargas¹. *Quehacer teológico en Gregorio de Nisa y renovación de la teología hoy*. Bogotá: Editorial Javeriana, 2022. 460 pp.



El autor invita a discernir sobre una cuestión aún lisiada en la Iglesia desde una profunda sensibilidad teológica; a pesar de esta dificultad, construye un conocimiento significativo en vista a implicar la teología desde un *continuum* entre fe y experiencia, integrando el teólogo de Gregorio de Nisa.

Al citar las palabras de la Comisión Teológica Internacional, este trabajo despunta en la teología en cuanto disciplina que desea comprender de modo racional y sistemático la verdad salvadora de Dios. Para el autor cobra relevancia la teología pensada como ejercicio espiritual, inmersa en la dinámica de una permanente renovación que busca profundizar la revelación otorgada por Dios, respondiendo a los desafíos eclesiales y culturales. En esta perspectiva, se destaca a von Balthasar que, en el contexto europeo, advierte la separación entre teología y santidad, pues la división entre teología y espiritualidad “ha sido sin duda el peor desastre acaecido en la historia de la Iglesia” (p. 18). En este ámbito, que afecta la identidad del quehacer teológico actual, el autor destaca a reformadores como Congar, de Lubac, Daniélou y Rahner, entre otros, quienes logran la recepción del pensamiento de los padres de la Iglesia en orden a responder las cuestiones del contexto.

Destacan aportes receptionados por Vaticano II y la voz de Ratzinger, que suena implacable “el clima de la Iglesia no es solo frío, sino incluso mordaz y agresivo” (p. 19). Con ello, el autor enfoca la tensión entre *ressourcement* y *aggiornamento*. En esta polémica, Jaramillo examina un punto de inflexión: “los padres retroceden hacia un remoto pasado, que se considera poco relevante para la renovación de la Iglesia”

¹ Nace en Medellín el 22 de julio de 1984. Su madre fue Luz Amparo Vargas Patiño, y su padre, Fernando Luis Jaramillo Giraldo. Actualmente es profesor de Teología en Unicervantes, Bogotá. Es sacerdote diocesano en Sonsón-Rionegro, y está inmerso en labores de comunidades rurales en el municipio de Abejorral, Colombia.

(p. 20), dado que el estudio de la patrística se desarrolla desligado de su núcleo teológico y eclesial.

Las producciones teológicas del posconcilio se proyectan hacia otros ámbitos del saber. En este sentido, Ratzinger propone el retorno a las fuentes y el esfuerzo por unir teología y santidad. Resalta también la permanente significación de los padres para la teología actual y la futura. Aún más, el papa Francisco, de frente a la denominada “posmodernidad líquida” advierte la crisis antropológica, ética, social y ecológica que porta una crisis epistemológica, eclesial y teológica.

De cara a estas preocupaciones, Jaramillo centra su atención en la figura de Gregorio de Nisa y en dos de sus obras: *In Canticum canticorum* y *De vita Moysis*. El autor apuesta por su quehacer teológico desde los escasos estudios en el contexto latinoamericano, específicamente en su tierra, Colombia. Desde la hermenéutica de la apropiación en cuanto hermenéutica de la acción interactúa con Gregorio y su obra, a partir de su propia experiencia de fe y contexto histórico cultural, orientando con ello su reflexión a juzgar por la comprensión-interpretación-aplicación.

En el Capítulo I (pp. 29-97), sobre voces que urgen la renovación del quehacer teológico hoy a la luz del doble movimiento *Ad fontes* y *A giorno*, se considera la importancia de ir a los orígenes de la experiencia cristiana para iluminar el presente. En esta perspectiva, realiza un recorrido desde la raíz griega del concepto *theología* hasta su presencia en la revelación de Dios en las Sagradas Escrituras. El encuentro entre el *logos* del filósofo y el *Logos* revelado en Cristo será el punto de inflexión iniciado por los padres de la Iglesia, quienes motivan a comprender la revelación de Dios en la historia, en clave de compromiso en la existencia misma del creyente. Tanto la tradición oriental como la de Occidente cuentan con diversos autores que subrayan una constante, la cual señala que el quehacer teológico debe iluminar la realidad.

Con ello se acentúa un cambio sustantivo en el devenir histórico de la teología; el diálogo fe-razón marca este despliegue. No obstante, Jaramillo sostiene que es notorio el confinamiento de la teología al academicismo universitario, ya que Dios se circunscribe a los límites de la razón. Por tanto, la pregunta del por qué de este anquilosamiento surge como cuestionamiento a aquella dimensión *theo-lógica* y espiritual que va desapareciendo. Además se examina la introducción –realizada por Duns Escoto– del término griego *praxis*, en cuanto se quiere dar un nuevo rumbo al quehacer teológico de tipo antropocéntrico, en el que Dios ya no es el centro. Se trata de una nueva configuración epistemológica que reduce la aproximación metafísica y limita la capacidad de trascender. Se desvincula razón y fe, con el advenimiento del mundo ilustrado, marcado por el racionalismo, el empirismo, el cientificismo y

el academicismo, denotados como los nuevos paradigmas de aproximación a la realidad. Aquí –advierte el autor– concurre el cambio significativo de la teología.

En palabras de Ratzinger “al transmutarse en el *factum* y *faciendum*, se cambia totalmente el concepto de verdad” (p 38), porque ahora se encuentra subordinado a reducciones científicas. Sin embargo, el autor pondera las bondades del progreso científico en *pos* de esta nueva aproximación epistemológica que suscita una teología sin Iglesia y sin fe. Señala que el magisterio de la Iglesia queda aturdido y limitado ante el cientificismo ilustrado “ante la necesidad de realizar una nueva síntesis en diálogo con la Modernidad [...] prefirió reaccionar con un dogmatismo teológico que le dio la espalda a la realidad histórica” (p. 39). Con ello sobreviene la identificación de la teología con la teología del magisterio.

Debido a este escenario surgen voces para la renovación del quehacer teológico. Jaramillo trae a la vista la voz de teólogos como von Balthasar, Congar, González de Cardedal, de cara a una teología que emerge con múltiples interpelaciones, que provienen tanto de afuera como de adentro, cargada por una realidad compleja, con luces y sombras, “tan densa”. El integrista, relativismo y conservadurismo de la misma Iglesia no genera la anhelada apertura a los signos de los tiempos. Según el autor, estos son los desafíos que permiten tener a la vista la “nueva renovación teológica”. Esta mirada no ingenua de la realidad y, con osadía, permite a Gabriel Jaramillo entender el ejercicio *teo-lógico* vinculado a la historia, en una tarea que llama a desplegarse “desde dentro”. En este contexto, el autor destaca el comienzo de la *nouvelle théologie* que, inspirado por teólogos, intenta responder a los retos de un contexto fuertemente convulsionado.

En efecto, el Concilio Vaticano II “se convertirá en la desembocadura de todos estos procesos, interpelaciones, movimientos e intentos de renovación del quehacer teológico” (p. 44). De esta manera, el ejercicio teológico se comprende de modo dinámico, como un quehacer en elaboración y abierto. El teólogo es invitado por el Concilio a ser solidario con la misma historia, en un ejercicio de inculturación, cuya clave hermenéutica es el Evangelio. Esta teología de la historia es teología encarnada, de frente a nuevos contextos y que escucha el eco de la tradición, es decir, “las propias circunstancias influyen decisivamente en el aspecto biográfico esencial al quehacer teológico” (p. 49).

Según la producción teológica del siglo XX, la conciencia de hacer teología se expresa en dos perspectivas: la primera intenta responder a los desafíos expuestos, sostenida en ciencias auxiliares como la fenomenología, la historia, la filosofía, la sociología y la hermenéutica; y la segunda que, ante el pluralismo, prefiere volver a las fuentes y a la identidad del propio quehacer teológico.

A partir del contexto colombiano, Gabriel Jaramillo vuelve la mirada hacia el quehacer teológico, en cuanto surge el desafío de acompañar los procesos históricos en vista a responder a las necesidades de una época marcada por los retos de la pobreza, la violencia y la falta de unidad nacional. Destaca la segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín, en cuanto recepción única a escala continental del Concilio Vaticano II. Resultan relevantes –para el autor– los años posteriores a Vaticano II, donde surgen tensiones, interpretaciones polarizadas y conflictos. En este sentido, Colombia da cuenta de una confrontación entre teología y magisterio. Advienen tiempos de inquietud y descontento, de cara a movimientos y perspectivas heredadas. ¿Qué es la teología? es la pregunta por la propia identidad.

Jaramillo examina que, para alcanzar un quehacer teológico renovado, es preciso aprender de los errores del progresismo que dejó a un lado la tradición, así como del dogmatismo cerrado y temeroso de los nuevos contextos teológicos. En efecto, al separar la teología del seno eclesial, el quehacer teológico se desentiende de sus problemas, termina en un divorcio entre fe y vida, y entre teología y santidad, como lo ha indicado el papa Francisco. Pensar la renovación teológica desde un presupuesto biográfico implica considerar el *continuum* entre fe y experiencia.

Así, la generación de teólogos reformadores caracterizados por un *ressourcement* trata de volver a las fuentes y al ejercicio de la teología a partir de la experiencia espiritual, inclusive entre teología, espiritualidad y pastoral. El hiato entre Iglesia-teología termina por fracturar el cristianismo; por ello, la pregunta por la renovación teológica vincula al teólogo, como hijo de un pueblo, creyente y profeta, tres características que manifiestan una espiritualidad encarnada y misionera pilares de una renovación del quehacer teológico.

En el Capítulo II (pp. 98-168), el autor se introduce en el desarrollo histórico y cultural de la Capadocia del siglo IV. Describe el contexto eclesial de la época, marcado por la desigualdad social, y exhibe las diferentes tensiones de tipo doctrinal. Identifica el *statu quo* político-social presente en las controversias de Nicea y los arrianos, las cuales desarrollan un rol importante en la vida de la Iglesia, así como la injerencia del poder romano que divide en dos a la Capadocia de entonces. El sincretismo desafía los procesos de inculturación, aunque reconoce que se está frente a una época de florecimiento espiritual.

En este escenario, Gregorio de Nisa traza su pensamiento teológico y su progreso espiritual, reconociendo una tradición recibida con fidelidad al depósito de la fe. Se destaca su actitud comprensiva ante corrientes contemporáneas, su capacidad de adaptación y la penetración de su pensamiento. Su diálogo con la filosofía griega, la interpretación de la Escritura, la influencia de sus hermanos, los momentos de crisis

refieren, según el Jaramillo, a un proceso ascensional en la vida de Gregorio de Nisa. El autor logra identificar la pertinencia, el método y la finalidad del Niseno –descrito a partir de diversas tesis y autores–, para corroborar y argumentar a cabalidad un trabajo minucioso desde un marco que denomina “ontológico asistemático” que fundamenta “la posición antropológica y la perspectiva gnoseológica” del autor patrístico.

En consecuencia, explica que von Balthasar ha llamado al perfil teológico de Gregorio de Nisa existencialista y esencialista, haciendo referencia al plano ontológico y metafísico con el cual se aproxima a la realidad. Se trata de un tipo de aproximación relacional que adquiere un rostro concreto en su quehacer teológico. Meredith considera que los escritos ocasionales del Niseno le permiten ser fiel a la hermenéutica evangélica de comprensión de la realidad en la *ἀκολουθία*. De este modo, su pensamiento se desarrolla entre la circularidad griega y la libertad evangélica. En un marco ontológico asistemático, el lenguaje filosófico es dado entre la realidad dual de lo finito/infinito, material/espiritual, creado/increado, lejos de ser un dualismo platónico hace referencia a una apropiación que le permite realizar una nueva síntesis.

La identidad del ser humano es planteada al interior de la epéctasis, en cuanto concepto dinámico, progreso dado en la libertad que supera todo determinismo griego y que afianza la responsabilidad del ser humano. Desde esta perspectiva, Jaramillo plantea una síntesis en el pensamiento del Niseno, entre apofatismo y una metafísica del ser que busca en la epéctasis un progreso cada vez mayor de las manifestaciones de Dios en la historia.

En el capítulo III, Jaramillo realiza un acercamiento hermenéutico a las principales obras de Gregorio de Nisa, desde *De vita Moysis* –*Sobre la vida de Moisés*– al *In Canticum canticorum*. Esta aproximación exegética considera el sentido literal de la Escritura para dar paso al sentido alegórico espiritual.

Las tres teofanías de Moisés se encuentran entretrejidas con elementos cristológicos que presentan la vida ascensional del creyente. Cristo es el centro de un doble movimiento de permanencia y despliegue de la vida espiritual, donde Moisés es ícono de este seguimiento, y señala: es quién alcanzó el límite más elevado de la perfección, reflejando en su propia vida la imagen y la semejanza con el arquetipo divino. Gabriel Jaramillo se encuentra interesado en observar la síntesis cristológica realizada por Gregorio de Nisa, fundamentada en la Escritura y en una tradición judeocristiana que hereda y desde la cual avanza en el pensamiento.

El autor plantea que *In Canticum canticorum* manifiesta este quehacer teológico del cual se viene hablando en el colindante universo simbólico, así como de su realidad espiritual y sacramental. Distingue y explicita los recursos teóricos de la paráfrasis y la écfrasis presentes en el estilo alegórico. Y hace notar que todo esto se encuentra

en función de la vida virtuosa y, a la vez, que pertenece a la arquitectura del trabajo del Niseno. Estudios de Maspero, Moreschini y Meis permiten solidificar el carácter teologal, exegético y apofático de Gregorio de Nisa. De modo concatenado, Jaramillo profundiza en las imágenes y el valor de la alegoría; de este modo, organiza y contrasta su hipótesis desde cada una de las *Homilías*.

El autor identifica seis dimensiones en este quehacer con las cuales genera una red conceptual a modo de hipervínculos; estas son la relacional, la litúrgica, la revelada, la antropológica, la epistemológica y la exegética. Se trata de seis categorías que presentan el proceder vital del pensamiento del autor. A la vez consolida esta formulación con propuestas gráficas (de elaboración propia), distribuyendo y definiendo en subgrupos la riqueza conceptual y filológica que acompaña este análisis.

En el Capítulo IV (pp. 329-404), sobre los aportes para un marco conceptual que contribuya a renovar el quehacer teológico hoy, se formula una pregunta metódica: ¿Por qué Gregorio de Nisa es tan atractivo para los escritores contemporáneos? Jaramillo escudriña y conoce bien las contribuciones desarrolladas en su propio contexto (la Pontificia Universidad Javeriana, en Colombia). En esta perspectiva pretende dar un aporte a los diversos desafíos del quehacer teológico interpelados por la palabra del papa Francisco. Este horizonte marca a modo de *leit motiv* su búsqueda de investigación: “En coherencia con lo anterior, la presente investigación quiere hacer eco del llamado de Francisco a revolucionar el estatuto de la teología, la manera de hacer y del pensar creyente desde los aportes de Gregorio de Nisa” (p. 333). La propuesta de una nueva escuela teológica para la renovación del quehacer teológico está centrada en un método espiritual, en cuanto ejercicio de fe y en diálogo con las ciencias, salvaguardando la centralidad de la revelación.

De esta manera, pensar en el quehacer teológico, como ejercicio espiritual, es integrar la realidad dinámica de pensamiento y oración. Jaramillo cita los últimos trabajos e investigaciones en el área patrística, señalando que tales iniciativas buscan acoger las interpelaciones del papa Francisco a la teología contemporánea. Este llamado hace notar la necesidad de una renovación, a la luz del Evangelio y la tradición, favoreciendo una atmósfera espiritual desplegada en un marco conceptual en clave de ejercicios espirituales.

En esta sintonía extiende seis elementos que surgen del análisis de los textos del Niseno: una teología ontológica relacional (p. 343); una teología en ascenso espiritual (p. 348); una teología centrada en el misterio de la filiación (p. 357); una teología en constante renovación (p. 368); una nueva teología apofática (p. 377); y una revalorización de la interpretación espiritual (p. 386). En esta concomitancia, el *teologar* de Gregorio de Nisa es propuesto como un ejercicio espiritual que sinto-

niza con un pensar-rezando y viceversa; por ende, la dimensión espiritual es reescrita en la inseparable tarea de la exégesis y de la teología (p. 401). En seguida, la conclusión (pp. 405-412) sintetiza de modo coherente la propuesta Nisena.

Eva Reyes-Gacitúa, PhD.*

* Universidad Católica del Norte, Antofagasta, Chile.